

DESEA un traje al verdadero estilo americano?, le recomendamos hacerlo en la acreditada **Sastrería Gonzalo Artavia**, la que le dejará satisfecho; pues cuenta con operarios aptos y buenos casimires.

Ecos de la Manifestación de Alajuela



VISTA PARCIAL DE LA PLAZA DE LA ESTACION DURANTE EL DISCURSO DEL LIC. DON MAXIMO FERNANDEZ

Los plebeyos al Aventino

En la historia de Roma, en esa historia fecunda en acontecimientos prodigiosos, hay un episodio magnífico, que resplandece como un brillante en bruto engastado en la corona de bronce de la democracia: la retirada de los plebeyos al monte Aventino.

Los aristócratas romanos, orgullosos de su alcurnia y su riqueza, pretendían gobernar siempre la República, excluyendo a los plebeyos aun de los puestos más humildes.

Oprimidos y ultrajados, los plebeyos se retiraron a una eminencia cercana, el monte Aventino, célebre desde entonces en los fastos de la democracia.

Allí, establecieron sus chozas y organizaron su vida, de suerte que ni un sólo plebeyo quedó en Roma.

Los patricios, al principio miraron con soberbia indiferencia la retirada de la plebe al Aventino; pero, inmediatamente, sintieron los efectos de su intransigencia y tiranía. Sus magníficas moradas de mármoles y jaspes se quedaron solitarias, nadie servía sus mesas: ni el sastre, ni el depilador, ni el manicuro, ni el caballero, ni ningún doméstico, en fin, atendía sus personas, y en el campo, los sembrados se cubrían de maleza y desaparecían por falta de atención. Las nobles patricias sin sus doncellas, agonizaban en el gineceo, como rosas enfermas en un vaso etrusco.

Para no perecer de hambre, los patricios se vieron obligados a dedicarse a los oficios más humildes. La vida se les hizo insostenible y tuvieron que capitular. Una comisión de nobles señores se dirigió al Aventino para rogar a los plebellos que regresaran a sus hogares. Los directores de la plebe no se dejaron seducir con promesas mentirosas, y rechazaron todo avenimiento. Fue preciso que Menenio, hombre de singular inteligencia y de altas prendas morales interviniera en las negociaciones. Menenio refirió a los plebellos su famoso apólogo; y les dijo cómo, a consecuencia de la

tiranía de la cabeza, los brazos se negaron a llevar alimento a la boca, la boca rehusó comer, el estómago se negó a digerir y sobrevino la muerte del organismo. "La sociedad—termino Menenio—es un organismo como nuestro cuerpo; los patricios son la cabeza y los miembros son el pueblo. Por lo tanto, es necesaria la armonía de unos y otra para la vida de la sociedad. Ni vosotros, plebeyos, podéis vivir sin los patricios que vamos a la guerra en vuestra defensa y cuidamos de los negocios públicos, ni nosotros, patricios, podemos vivir sin vosotros, que labráis la tierra y nos brindáis el pan".

Una comisión mixta de plebeyos y patricios arregló las diferencias entre unos y otros, y la república romana continuó por largos años siendo el asiento de las libertades.

En la política actual, los costarricenses estamos presenciando sucesos que pueden determinar, no una hégira general al Aventino; pero sí retiradas parciales que debemos impedir a fin de que no padezca el buen nombre de nuestra democracia.

Ayer, catorce peones se vieron obligados a abandonar una finca por no vender su conciencia al propietario de la misma, que les exigía que dieran su firma por Durán. Hoy, sabemos de dos casos más de la misma naturaleza.

El hacendado intenta estrujar al peón para convertirlo en un objeto inerte que vender en el mercado político.

Debemos ser más transigentes, más tolerantes, más respetuosos a la voluntad de nuestros conciudadanos, que, aunque humildes, ante Dios y ante la justicia son iguales al más poderoso, y tienen tras las pupilas esa chispa divina de la inteligencia que, al saltar y caer en el polvorín de la conciencia popular, puede hacer volar en mil fragmentos el edificio social.

Ursus

(De "El Republicano")

Los Apóstoles

Todo apóstolado supone un viacrucis.

Su afán de humana redención es pagado o con la más burda indiferencia, o con una descarga de epítetos soeces.

Las sagradas ideas que forman su doctrina, alimentadas en su corazón que profesa el bien por el bien mismo son consideradas: bien como desva-

ríos de un cerebro enfermo, o melindres de un iluso, o como medios de escalar el trono de la notoriedad, o cuando menos como síntomas infalibles de un candidato al manicomio. Tales son los bienes cosechados por los que profesan una idea levantada y luchan por su triunfo sin omitir los más cruentos sacrificios.

Y si no, toquemos las puertas de la Historia y veremos;

Que apóstol fué Jesucristo, que ali-

mentando en su corazón una idea portentosa, tradujo en la sagrada moral, cuyos preceptos a través de la gestación de 20 siglos iluminan las conciencias con su luz inmortal y vemos que pagó su labor humanitaria en el martirio de la Cruz agujoneado por los dardos de los que no le comprendieron;

Que apóstol fué Sócrates, que llevó luz a las inteligencias que dormían bajo las sombras de una supina ignorancia y pagó su nobleza en el martirio de la cicuta;

Que apóstol fué Galileo, que consagró la potencialidad de su genio a la ciencia y por su teoría del movimiento de la Tierra, sufrió en una prisión, los rigores del Santo Oficio;

Que apóstol fué Cosiusco, que amando como veradero hijo la libertad de su Patria, luchó por ella y murió acibillado a puñaladas;

Que apóstol fué Colón, que abrigando en su cerebro una trascendental idea, luchó por ella, despreciando las burlas y venciendo todas las dificultades que sus adversarios le oponían, hasta llegar a las ciencias geográficas un Nuevo Mundo y a España, su nación protectora, una tierra que, rica como la tierra prometida a los hebreos, le enriqueció con la savia fecunda de sus venas.....y para este apóstol no hubo más recompensa que la soledad angustiosa de una choza miserable donde esperar, de la pálida intrusa, la llegada;

Que apóstol fué Bolívar, que acariciando el ideal de la unificación de los pueblos de su raza, arrancados de las garras del León Ibero por su brazo prepotente, bebió en tierras extrañas la amarga hiel del ostracismo y vió levantarse sobre su corazón, por varias veces, el puñal asesino;

Que apóstol fué Morazán, que luchó por la santa idea de nuestra Unión Nacional y vemos para vergüenza nuestra, que su afán por nuestra redención se pagó con el patíbulo.

Mas todas esas ingratitudes, todos esos suplicios, todas esas múltiples cortapisas que rebosan su portentoso éxodo, forman las immaculadas hojas de laurel que integran la corona que, bañada por el mágico fluido de la inmortalidad, condecora sus regias frentes con beneplácito de la posteridad....

A. Navas G.

Casa en venta

Se vende una casa situada en el "Laberinto", entre la Avenida 16 y la Calle 5ª; es propia para comercio por ser esquina, es independiente. Para condiciones informarán en la administración de este periódico.

La verdadera virtud

La modestia puede considerarse como la gran puerta de oro, que impide la entrada del vicio y la salida de la virtud.

(Continuación)

De ella se puede hacer el germen de todo lo grande en la tierra para que después forme los corazones de sus hijos, siendo dechado de virtudes y abnegación sin límites.

Rara vez buscáis la virtud, porque camináis tras del oro. Con él se oscurece vuestra inteligencia, porque os dormís entre placeres y el que duerme, nunca llega a tiempo de enjugar una lágrima, ni sofocar un gemido.

La malicia combate la piedad y oscurece la inteligencia.

Si no procuráis presenciar escenas que conmuevan, se irá endureciendo vuestro corazón como la piedra de una roca, que jamás fecunda un arroyuelo.

Los cuadros de la desgracia son los resortes que prueban si somos dignos de Dios.

Cuando veáis un rostro que no se conmueve con la amargura ajena, rogad al Eterno por el alma que encierra aquella máquina paralizada.

El que no sabe sentir, no puede gozar.

El estado de la indiferencia es la muerte del cuerpo y la dejación del espíritu.

La riqueza excesiva conduce al escepticismo muchas veces; la pobreza, por extrema que sea, acerca más y más a Dios.

Siempre recuerdo con una mezcla de dolor y piedad una escena que vi de niña y que no se borra jamás de mi mente.

Era una pobre mujer que llevaba un niño casi desnudo entre los brazos; pero que se notaba le quería mucho y debía ser su hijo; porque derramaba lágrimas sobre su infantil rostro y le estrechaba contra su corazón, como si temiera que alguien se lo arrebatara.

Le quería abrigar con esmero y no tenía siquiera un pedazo de tosca tela con qué envolverle; pero sus brazos suplían esta falta y procuraba con ellos aminorar el aire que venía a herir al adorado hijo de sus entrañas.

Esta mujer pedía limosna mostrando con orgullo aquella prenda de su amor.

Se acercó a un caballero; yo era muy niña, muy niña, y recuerdo perfectamente aquella fisonomía fría e inalterable que no se dignó mirar siquiera hacia el lado donde hablaba la vos de una madre que pedía alimento para su hijo.